



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

LA ESPIRITUALIDAD DEL CORAZÓN DE JESÚS EN TIEMPO DE PANDEMIA

Un saludo a todos los que formáis parte de esa familia del templo expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús en Magdalena del Mar, Perú. Tengo conocimiento por vuestro párroco, el padre José Cegarra, salesiano, que estáis en los inicios de la preparación de ese primer centenario como parroquia. Es un gusto compartir con vosotros esta reflexión que me habéis pedido en concreto, en torno a la espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús en tiempo de pandemia.

Antes de entrar en el tiempo de pandemia, viene bien recordar que, aunque esta pandemia nos ha afectado, nos ha impresionado mucho, existe un contexto global que no va a cambiar fácilmente por el tema de la pandemia. Me refiero, hay un contexto global en el que ha acontecido la pandemia, y es el contexto global, me refiero desde el punto de vista de análisis espiritual, es la tendencia de las últimas décadas o años en la vida de la Iglesia, en el contexto del pensamiento cultural hacia la llamada nueva era. Ese es el contexto, y no creo que el haber entrado en pandemia haya cambiado sustancialmente esa tendencia de la nueva era. La nueva era, que se caracteriza, quizás, por una especie de vaga espiritualidad. Se pasó del "Cristo sí, Iglesia no" a una especie de "espiritualidad sí, religión no".

¿En qué se traduce esto de la tendencia a la nueva era? A sustituir propiamente el encuentro personal con Dios, el encuentro de la oración, por una introspección, por una relajación, la búsqueda de métodos orientales en que lo que uno confunde lo que es propiamente la espiritualidad con una búsqueda de unas energías que poco tienen que ver ciertamente ese mundo en el que hablamos de energías, que poco tiene que ver con el encuentro con un Dios personal que ha salido en nuestra búsqueda. Por lo tanto, creo que la espiritualidad del Corazón de Jesús es el mejor antídoto frente a esta tendencia progresiva que existe de involución para retrotraernos a los periodos anteriores a la revelación.

Porque fue al principio, el hombre el que intentó conocer quién creó el mundo, intentó imaginarse quién podía ser, dónde podía estar ese ser supremo que había creado el mundo. Y pensó que todo Dios podía estar en los astros, y pensó que Dios podía estar en el volcán, y era el hombre el que buscaba la trascendencia. Pero fue Dios, finalmente, el que vino a buscarnos, y la revelación de Dios es la cumbre del diálogo entre Dios y el hombre, que solamente será superada por la visión de Dios en el cielo. La revelación. Dios busca al hombre y lo hace a través de Israel, abriéndose que el pueblo de Israel como pueblo escogido para anunciar al mundo entero que Dios viene a buscarnos en Jesucristo. Y, por lo tanto, el Corazón de Jesús es el Dios que se revela al hombre: "A vosotros ya no os llamamos siervos, porque un siervo no sabe lo que hay en

el corazón de su amo; os llamo amigos, porque todo lo que el Padre me ha comunicado os lo he dicho a vosotros". Es decir, de corazón a corazón, Dios se ha revelado, se ha mostrado. Hay una famosa expresión de San John Henry Newman que dice *cor ad cor loquitur*, "el corazón habla al corazón". Esto es lo que ha hecho Dios con el hombre. El corazón de Dios ha hablado, te hablo de corazón, te descubro mi intimidad. Es el Corazón de Jesús la máxima expresión de la revelación de Dios, del Dios que se muestra, en el Dios que nos busca. Por lo tanto, me parece que esa tendencia, esa herida, que esa deriva progresiva hacia la nueva era, que supone una gran involución, como he dicho, porque es volver a épocas, a momentos en los que el hombre no conocía a Dios, tiene su terapia, su antídoto, lo tiene en el Corazón de Cristo, en el que vemos cómo Dios se ha mostrado, nos ha hablado, nos ha abierto su intimidad. Creo que este es un tema clave que está más allá, por supuesto, de esta crisis de la pandemia, y el que tenemos que hacer la necesaria incidencia.

Por otra parte, creo que esta espiritualidad del Corazón de Jesús pone el centro de lo que verdaderamente nos muestra el Evangelio. El Evangelio no nos presenta una espiritualidad de introspección, de buscar el vacío interior. Algunos de nosotros diría que el Evangelio está lleno de páginas, de citas en las que buscamos en un vacío interior. No es así. El Evangelio, más bien, nos habla de salir de nosotros mismos, de darnos, de entregarnos. La espiritualidad que se deriva en el Evangelio del Corazón de Cristo es más bien centrífuga y centrípeta, la centrífuga de darse y entregarse: "El que se olvide de sí mismo se encontrará". Darse para poder realizar la vida. Nuestra vida es una entrega de amor, un amor de donación hasta el olvido de nosotros mismos. Como digo, la espiritualidad cristiana es más centrífuga y centrípeta, no es una especie de volver hacia nosotros mismos para buscar en nosotros no sé qué estado interior placentero de nirvana. No, no tiene que ver mucho con ello.

Bien es cierto que ese Corazón de Cristo, ese corazón de Dios, tiene un doble movimiento, como todo corazón: sístole y diástole son los dos movimientos del corazón. El corazón se expande y se contrae, se expande y se contrae. Así, obviamente, es también la espiritualidad cristiana, que nos llama a darnos, entregarnos, saliendo de nosotros mismos, pero al mismo tiempo también te llama a recogerte en tu interior y en el centro de tu corazón descubrir a Dios, el que te había enviado, el que te había dicho "Ve, Yo te envío, entrégate, date, entrégate a los demás", y luego también Él te espera y te dice "Ven a mí, reposa tu cabeza en mi corazón".

Este es el núcleo de la espiritualidad del Corazón de Jesús. Y ahora creo que, como también en la espiritualidad del Corazón de Jesús, acontece en la situación histórica en la que estamos en cada momento, en cada tiempo, tiene sus singularidades; la espiritualidad del Corazón de Cristo, por ejemplo, cuando se muestra a Santa Margarita María, fue sanadora de una herida que en aquel tiempo existía como era la deriva jansenista. En cada momento histórico ha tenido una respuesta. Y en este momento de la nueva era, como digo, tienes una respuesta de gran actualidad, y también en este tiempo de pandemia, con todo lo que esto ha supuesto de crisis, pues tiene mucha luz que darnos. Yo voy a hacer una breve reflexión en torno a 8 intuiciones que hemos comprobado que han acontecido, 8 reflexiones que nacen de esta pandemia dividida en las que el Corazón de Cristo tiene algo que decirnos.

En primer lugar, en esta pandemia, la reflexión que hacemos en torno a una sorpresa tan grande que el mundo se ha llevado, porque el mundo caminaba como muy seguro

de sí mismo, de su progreso, y de repente, ha acontecido que un pequeño virus, absolutamente invisible para nosotros, nos ha cambiado la vida. Y hemos comprobado eso que dice el Evangelio: que también es lo pequeño, invisible, lo que puede llegar a ser determinante. El Evangelio nos habla de un pequeño grano de mostaza que nadie le haría el menor caso, que casi hay que una lupa para poder verlo, y sin embargo este pequeño grano de mostaza es imagen del reino de Dios que crece, que crece y cambia y cambia el mundo y cambia la historia. También el proceder de Dios nos enseña a entender que lo más determinante puede no ser visible a nuestros ojos.

¿Qué es lo más determinante, lo que va a cambiar la historia y que nuestros ojos no ven, pero va a cambiar el curso en el curso de la historia? Lo que va a determinar el futuro, no son tanto las personas. Se dice a veces a los jóvenes: "Vosotros sois el futuro, soy lo que vosotros hagáis será el futuro". Mirad, lo que determina el futuro no son tanto las personas, los jóvenes, sino dónde tienen puesto el corazón esas personas, esos jóvenes. Lo que determina el futuro no es las personas, sino dónde tienen puesto su corazón. Y es, en principio, invisible: ¿dónde está tu corazón?, ¿dónde reposas tu corazón? A veces nuestro corazón puede estar en un lugar muy distinto al que está en nuestros pies. Por ejemplo, a veces en un matrimonio, un matrimonio vive el drama de que "el esposo lo tengo en la cama al lado mío durmiendo, pero su corazón está en otro lugar y no está conmigo". O mis hijos adolescentes, aquí viven en familia, pero no dicen "mis hijos no están aquí, su corazón está en otro lado". Eso es un drama. La gran pregunta, eso que es invisible, pero ¿qué es lo determinante? Lo determinante es dónde está nuestro corazón, y el Corazón de Jesús es el que nos enseña a que nuestro corazón esté centrado, que nuestro corazón esté en Dios, que esté en la familia, que esté en la vocación que Dios nos ha dado. Centrados plenamente, entregados a la vocación recibida en Dios desde Dios. Esta es una primera reflexión como punto de partida: lo más determinante en esta vida no es visible, lo más determinante es dónde está tu corazón. Eso es lo que va a hacer que una familia sea feliz o no sea feliz, eso es lo que va a hacer que un sacerdote viva con plenitud su vocación o la viva de una manera amargada y poco gozosa. Eso esto va a ser determinante.

En segundo lugar, también esta pandemia nos ha hecho caer en cuenta y reflexionar sobre nuestra fragilidad y vulnerabilidad. Somos frágiles, somos muy vulnerables. No nos salvamos solos. No. Esa tentación tan grande que aparece en el propio libro del Génesis, en el pecado original de pretender ser como dioses, esa pretensión de autosuficiencia del hombre moderno: "Yo no necesito de nadie para salvarme, el hombre se salva a sí mismo". Se ha demostrado, el acontecimiento de esta pandemia, que es absolutamente falsa, pretenciosa. Lo cierto es que el hombre es frágil, es vulnerable, y hay que partir de esa realidad.

Una fortaleza del hombre es reconocer su fragilidad. Decía San Bernardo una expresión, yo creo que muy centradora desde este principio que estoy comentando: "El desconocimiento propio genera soberbia, pero el desconocimiento de Dios genera desesperación". Por lo tanto, es muy importante que uno conozca su fragilidad, la conozca. "Yo soy frágil y necesito ser acompañado". Así se ponen las bases de una verdadera religiosidad: "Yo soy frágil, Señor, ten misericordia de mí, soy frágil". Y si tú desconoces tu fragilidad o pretendes ignorarla, entonces estás generando soberbia. Pero como vivo ante Dios, veo mi fragilidad, la pongo en su presencia: "Señor, aquí me tienes, soy frágil". Es un aspecto clave y determinante. Jesús nos dice: "Venid a mí los

que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré". Jesús no dice "los que estéis seguros de vosotros mismos, los que os sintáis bien, venid conmigo y charlamos un rato". No dice eso. Parte, obviamente, desde nuestra experiencia de vulnerabilidad, "venid a mí los que estáis cansados y agobiados". Por tanto, reconocer esa propia realidad de nuestra vida es el punto, yo diría, fundante de la actitud con la que tenemos que acercarnos ante Dios.

Tercera reflexión: en este tiempo de pandemia hemos observado que la unidad entre nosotros, el abordar una crisis como la que hemos vivido, estamos viviendo, el abordarla de una manera conjunta como sociedad, buscando un bien común es determinante. Aquí no va en el sálvese quien pueda, aquí no vale "yo voy a lo mío". No vale eso, porque el bien de mi bien es el bien de todos, y el bien de todos va a ser el mío. La determinación tiene que ser conjunta, tenemos que tener una visión de conjunto en la que todos nos sintamos comprometidos. Nuestras libertades están entrelazadas. Aquí no vale decir "mira, mi libertad termina donde empieza la tuya". No, nuestras libertades están entrelazadas. Esto para poder afrontar una pandemia, esto ha sido obvio, evidente.

Uno, también, desde esta experiencia, va a la tierra a la teología del Corazón de Jesús, va a la Sagrada Escritura y descubre que eso el Señor ya nos lo había revelado, ya nos lo había mostrado. ¿Os habéis fijado cómo, cuando el Señor habla de establecer su alianza, la alianza de Dios con su pueblo, siempre ha hablado en términos de pueblo y no en términos individuales? La alianza con Israel, la alianza con su pueblo: "Vosotros seréis mi pueblo, Yo seré vuestro Dios". Siempre habla en esos términos. Nunca dice "tú serás mi héroe, yo haré contigo una alianza". No. Él hace la alianza con el pueblo de Israel: "Os daré, os daré", no "te daré", "os daré un corazón nuevo, os infundiré un espíritu nuevo, arrancaré vuestro corazón de piedra, y os daré un corazón de carne". Siempre hablando teniéndonos como interlocutores a nosotros, como pueblo de Dios, como familia. Incluso cuando Jesús nos enseña a rezar nos dice: "Tú cuando reces, reza así: Padre nuestro". No dice "Padre mío", no, "Padre nuestro".

El Señor nos ha hecho entender que su revelación no ha sido una revelación hecha individualmente. Sí, es verdad que el Señor tiene un encuentro personal con nosotros, pero un encuentro personal no es un encuentro individual. La distancia entre personal e individual es infinita. Algunos piensan que el término personal e individual son sinónimos, ¿qué van a ser sinónimos? Hay una gran distancia entre lo personal y lo individual. El término persona está es relacional, hace referencia a los demás. El término persona enseguida hace referencia a la familia, y el término familia hace referencia a la sociedad. El término persona no es lo mismo que individuo. Y esta es una clave que la revelación nos ha sembrado, nos ha iluminado en nuestro corazón: nos salvaremos como pueblo de Dios, nos salvaremos como Iglesia, no yendo por libre, no siendo francotiradores. Y esa tendencia que "yo ya busco a Dios a mi manera, pero yo no necesito ir a la Iglesia, yo no necesito una comunidad de creyentes, yo no necesito ir a una eucaristía y rezar con los demás, yo ya rezo por mi cuenta". A ver, no conjuga con la forma en la que Dios se ha revelado, no conjuga con el ser del hombre, no conjuga con la verdad de la vida.

En cuarto lugar, la cuarta reflexión: lo acontecido en la pandemia nos descubre que el futuro de la humanidad depende en buena medida de nuestro compromiso, dependiendo de tus actos muy concretos y muy pequeños tienen muchas

consecuencias. El mundo está globalizado y de que tú tengas unos hábitos de vida concretos, van a depender muchísimas cosas. Va a haber como una concatenación de causas y efectos que también en el futuro, con lo cual, si quieres cambiar el futuro tienes que comenzar por estar dispuesto tú, aquí y ahora, cambiar tu corazón, cambiar tú y tu presente, tus hábitos de vida. Decía Vittorio Messori, un famoso, un conocido periodista, que fue también entrevistador de Juan Pablo II, en algunos de sus libros: "El que el revolucionario es el que quiere cambiarlo todo a sí mismo, mientras que el cristiano es el que quiere cambiarlo todo, pero empezando por uno mismo". La diferencia sustancial que hoy en día tenemos mucho revolucionario que pone el grito en el cielo e incendia las calles y promete un mundo absolutamente distinto, pero sin cambiar él. No creamos en falsos mesianismos políticos; lo que verdaderamente tiene consistencia, el que uno cambie para que el mundo pueda ser distinto. "Yo estoy dispuesto a cambiar para que el mundo sea distinto". Y eso forma parte de la espiritualidad del Corazón de Cristo: cambiar tu corazón para que el mundo cambie, no estés esperando a que tu entorno, tu vida, no... Aquella famosa pregunta que le hicieron a la Madre Teresa de Calcuta: "Madre Teresa, ¿qué cambiaría usted en la Iglesia?". Y ella, sin dudarlo, dijo: "Me cambiaría a mí misma, me cambiaría yo". Creo que la crisis habría que empezar por convertir a la Madre Teresa de Calcuta. Menuda respuesta, menuda percepción de la realidad, vista desde el Corazón de Cristo.

Quinta intuición nacida de esta crisis de la pandemia. Lo digo así a las claras: creo que el miedo o el pánico pueden llegar a ser la peor pandemia. Nuestro mayor enemigo puede ser el miedo y el pánico. Eso también ha acontecido entre nosotros, porque una cosa es el que uno tenga la disciplina de tener una responsabilidad de llevar adelante las orientaciones que se puedan dictar para hacer frente a una pandemia, eso es una cosa; y otra cosa es ver el pánico y el miedo generalizado que hemos visto, que, en nuestras culturas, en nuestras sociedades se ha extendido con esta pandemia. Y estar continuamente pegados a la pantalla escuchando noticias y volviendo a escucharlas, y volviendo a los que recibir datos y más datos hasta el punto de entrar en estados obsesivos que han hecho que con muchos hábitos de vida de muchas personas hayan descarrilado o que hayan perdido incluso una salud psíquica. Algunos, por preservarse del contagio de un virus, lo que han hecho ha sido perder la salud psíquica. Entonces, no se sabe si es peor el remedio el remedio que la enfermedad, y ha sido el miedo irracional, el miedo desproporcionado el que ha originado a este tipo de respuesta. Por eso creo que, frente a esta pandemia del miedo, que es, como digo, la pandemia más perniciosa que pueda existir, la pandemia del miedo, el Corazón de Jesús tiene mucho que decirnos, tiene un gran mensaje que transmitirnos.

El miedo es una tentación de pensar que tú afrontas la vida tú solo sin Dios. Te crees solo, no te das cuenta que Dios está junto a ti. El miedo es ateo, no percibe la presencia de Dios. Jesús te dice: "Hombre de poca fe, ¿por qué ha dudado?". Como cuando en ese episodio del Evangelio en la que estaba Jesús dormido la barca, y se desata una tormenta y los apóstoles están nerviosos porque ven que Jesús duerme en medio de esta tormenta. Despiértale. "Hombres de poca fe, ¿por qué habéis dudado? ¿No sabíais que yo estaba aquí o qué?". Por lo tanto, hay todo un mensaje: la espiritualidad del Corazón de Cristo en esta pandemia para vencer nuestro miedo: "Yo estaré con vosotros, todos los días hasta el fin del mundo". Por eso, la conocidísima advocación de la espiritualidad del Corazón de Cristo: Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío, en ti confío. En latín se dice "*en te confido*" en ambientes o contextos se dice "en ti confío", "en vos confío". Tengo el honor de tener como lema episcopal: En vos confío, en ti confío. Esta es la clave. La espiritualidad del Corazón de Cristo es una espiritualidad de

confianza: estamos en manos del Señor. ¿Entonces a qué tanto agobio?, ¿A qué tanto miedo? Jeremías narra como el Señor le dijo: "Mira, no les tengas miedo, que como les tengas miedo yo te meteré miedo de ellos". Es una frase tremenda, como diciendo: "A ver, al miedo hay que hacerle frente, no asustarse, no dar un paso atrás, no entrar en pánico, que estás con Dios, que estás en sus manos, nada puede pasarte sin que Dios lo permita". Por lo tanto, es clave una gran aportación que esta espiritualidad del Corazón de Cristo hace en este tiempo de pandemia en el que hemos padecido de una manera especial la tentación del miedo.

Sexta reflexión. También el tema de la pandemia ha puesto a nuestra consideración el reto de la soledad. ¿La soledad es buena o es mala? La soledad no es que sea ni buena ni mala, la soledad es una realidad que puede acontecer en la vida, ante la cual, obviamente, tenemos que saber dar una respuesta, porque el hombre está llamado a vivir en comunión. Pero también al mismo tiempo que está llamado al bien comunión, está llamado a tener intimidad con Dios, tener momentos de intimidad con Dios. Estamos llamados a que nuestra soledad sea habitada. Estamos llamados a tener una soledad habitada y al mismo tiempo a compartir nuestro tiempo con los demás. Creo que este aspecto, especialmente el de vivir la intimidad en esa soledad que está habitada de la presencia de Dios, de la inhabitación de la Santísima Trinidad en nuestra vida: Padre, Hijo y Espíritu Santo que viven que viven en nosotros, que hacen morada en nosotros. Es la escritura del Corazón de Cristo la que también nos llama a ese momento de intimidad, como el que tuvo el discípulo amado recriminando su cabeza en el costado de Cristo. Y acordaros de algunos pasajes de la Sagrada Escritura, como ese de Oseas: "Yo te llevaré al desierto y te hablaré al corazón". A veces para podernos hablar, para poder tener un encuentro personal con Cristo, ¿qué cosas necesitamos? Apartarnos. También Jesús se apartaba, iba a un lugar solitario para orar con el Padre. Yo te llevaré al desierto y allí te hablaré al corazón. Este tiempo de pandemia que hemos vivido nos ha dado a muchísimas personas la oportunidad de quedarse en una soledad en la que se ve despojada de falsas seguridades en las que habitualmente se suele apoyar, y que están siendo un poco como una especie de pantallas, esas falsas seguridades, pantallas que están impidiendo un encuentro personal con Dios. Esa soledad habitada, el Corazón de Cristo está habitado, en él mora la gloria de la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo habitan en ese templo de Cristo que es el Corazón de Jesús, que nos enseña, también a introducirnos en esa intimidad con Dios.

Séptima reflexión. Sin duda, una reflexión muy clave importante de este momento es la reflexión de la compasión, de la misericordia. Hemos visto un mundo sufriendo, hemos visto muchísimas familias viendo cómo sus seres queridos marchan, y necesitadas de una consolación. Hemos visto cómo los más pobres del mundo, de alguna manera vivían, por sus faltas de medios en la las consecuencias de la pandemia con una crudeza muy superior a las que han podido vivir las otras personas. Entonces, creo que otra reflexión es la de la llamada a la compasión, la llamada a ver el sufrimiento del mundo, no desde mi perspectiva únicamente, sino siendo capaces, de padecer con, eso significa compasión: para decir con, padecer con los demás. Haciendo también, desde la perspectiva de los sufrientes, una perspectiva que nos saque a nosotros de nuestra pequeña burbuja, que nos saque de nuestro aislamiento, de nuestro narcisismo. Una terapia de choque contra nuestro narcisismo, sin duda, es ver la realidad desde los ojos de los sufrientes. Y uno ve cómo es el Corazón de Cristo.

Así es el Corazón de Cristo, que dice el Evangelio que al ver las muchedumbres se compadecía de ellas, porque estaba en este neo extenuadas y abandonadas como ovejas sin pastor. Jesús tiene compasión del mundo. Incluso cuando en algún pasaje evangélico dice que intentó, retirarse para tener un día de retiro con sus discípulos, como percibiendo que Jesús iba al otro lado, fue la multitud corriendo y no les permitió tener ese momento descanso. Y Jesús, con paciencia, empezó a explicarles; Jesús es el hombre comido por los demás, es el pan de vida del cual nos alimentamos. Creo que así tiene que ser la compasión: dar nuestra vida en alimento por los demás, "yo soy comido". Jesús es el hombre comido por el mundo. El hombre tiene hambre y sed de Dios. Yo dejo que mi vida sea alimento para los demás, que mis bienes sean alimento para los demás, que mi tiempo sea alimento para los demás. Creo que es una perspectiva clara la que nos ha iluminado, este en este tiempo de crisis, como tantos otros momentos.

Por último, la última reflexión: obviamente lo acontecido ha puesto en cuestión el sentido de la vida de muchísimas personas. ¿Qué sentido tiene la vida, si al final podemos acabar nuestros días así de repente, sin darte cuenta? Venía un bichito por ahí, se me puso en el camino y, de repente, no se sabe por qué, porque hubo otro contagiado al que prácticamente no le pasó nada, pero a ti, de repente, entró el bichito y fuiste a la uvi y allí quizás fue el momento último de tu vida. ¿Cómo es posible que todo acontezca de una manera tan inesperada?, ¿Qué sentido tiene la vida si puede ser llegar a ser tan fugaz? Entonces, al final el sentido último de la vida es determinante, y el saber que la última palabra no es muerte, sino que la última palabra es resurrección, vida en Cristo, en escuchar esa proclamación: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado". Esta pandemia a muchas personas les ha podido hacer caer en la cuenta que eso de la muerte no es una afirmación teórica. El hecho de que la expectativa de edad media haya crecido tanto entre nosotros, ha hecho que muchas personas pierdan la conciencia de su mortalidad, porque antes, en otro contexto cultural en la que uno moría joven, era difícil hacer un planteamiento de vida frívolo. Pero quizás en un momento en el que, con el avance de la sanidad ha retrasado mucho la edad media con la que la expectativa de edad con la que uno fallece, sin duda eso ha sido motivo para que uno pierda una conciencia vital, no de una conciencia teórica sino vital, de que mi muerte está próxima, o sea, mi vida es breve, estamos de paso. Si uno pierde esa perspectiva, que es de sentido común, porque pasar por esta vida sin pensar en que me tengo que morir, es como vivir como un sonámbulo. Eso decía Séneca: "Pasar por esta vida sin pensar en la muerte es como vivir como un sonámbulo. Oye, despierta, que estás sonámbulo, despierta que la que la muerte está cercana". Entonces, creo que en este momento el Corazón de Cristo nos llama a decir: la meta de nuestra vida es el cielo, la meta de nuestra vida es que toda la familia nos unamos en el cielo, para eso hemos sido creados.

Cuando se entroniza el Corazón de Jesús en la familia -que quisiera concluir haciéndoos esta invitación, la invitación a que hagáis el gesto de entronizar el Corazón de Jesús y os explicarán vuestros sacerdotes cómo hacerlo-, entronizar el Corazón de Jesús en vuestras familias se toma la perspectiva, con esa entronización de que vivamos de tal manera unidos que nos juntemos todos en el cielo. Nuestra meta es juntarnos toda la familia en el cielo, y vivimos aquí haciendo del Corazón de Jesús el centro, la columna vertebral de la familia para que finalmente, todos nos encontremos en el cielo. Allí será un encuentro definitivo, pero largamente preparado en esta vida en torno al Corazón de Cristo, largamente también deseado, y para el cual el Corazón de Jesús te dice: "Yo estaré contigo, no te dejaré nunca solo".

Ánimo, queridos hermanos, os vuelvo a saludar y os deseo de todo corazón que esté esta espiritualidad el Corazón de Cristo, que con tanta intensidad divino pues en un templo expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús como es el vuestro en Perú, sea un tiempo de gracia y un tiempo el que comunicase al mundo entero las riquezas y los dones y los tesoros de la espiritualidad del Corazón de Cristo.